

VER:

En el primer retiro vimos que la Exhortación *Sacramentum Caritatis*, del Papa Benedicto XVI, del 2007, nos ofrece una gran catequesis sobre la Eucaristía y la oración. En ella el Papa se propone recordarnos a los cristianos el insondable contenido del misterio de la Eucaristía, no en teoría, sino en lo hondo de nuestra fe, en la celebración y en la vida. También vimos que la Exhortación *Sacramentum Caritatis* está estructurada en tres partes:

- 1) La Eucaristía, misterio que se ha de **creer**.
- 2) La Eucaristía, misterio que se ha de **celebrar**.
- 3) La Eucaristía, misterio que se ha de **vivir**.

La Eucaristía ha venido siendo fuente de vida, desde los orígenes, para la Iglesia. El Jueves Santo de 2003, en la Misa Vespertina de la Cena del Señor, el Papa Juan Pablo II presentó su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, “La Iglesia vive de la Eucaristía”, también la estuvimos reflexionando en anteriores retiros.

Hemos reflexionado acerca de la relación entre la Iglesia y la Eucaristía, así como el lugar central que la Eucaristía debe tener en la vivencia del domingo, ayudándonos de la carta apostólica *Dies Domini*, “El día del Señor”, del Papa Juan Pablo II.

En el retiro anterior meditábamos sobre la “Coherencia Eucarística”, decíamos que la comunión con el Cuerpo eucarístico de Cristo exige, además de una comunión invisible con Él, la comunión visible. Y a este respecto el Concilio Vaticano II afirma en la Constitución *Sacrosanctum concilium*:

48. La Iglesia desea ardientemente que los fieles cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos en la Palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la Hostia inmaculada, no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, y se perfeccionen día a día por Cristo Mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, como consecuencia última, Dios sea todo en todos.

Nos daba varias pistas respecto a nuestra participación en la Eucaristía:

- No ser mudos espectadores, sino participar consciente, piadosa y activamente.
- Comprender los ritos y oraciones, ser instruidos en la palabra de Dios.
- Sentirnos fortalecidos, dar gracias a Dios y ofrecernos a nosotros mismos.
- Perfeccionarnos día a día en la unión con Dios y con los demás.

Y todo lo que en la Eucaristía celebramos, hacerlo vida allí donde nos encontramos. Encarnando la Palabra de Dios celebrada y construyendo el Reino de Dios en la vida cotidiana.

Este sexto retiro sobre la Eucaristía lleva por título: “LA EUCHARISTÍA, MISTERIO PARA OFRECER AL MUNDO”. Nosotros nos reunimos cada domingo para participar en la Eucaristía. En este retiro vamos a reflexionar y orar sobre la influencia que la Eucaristía tiene, o debería tener, en nuestra vida cotidiana, en nuestra relación con familia y amigos, trabajo, estudios, ocio...

Para la reflexión:

- La participación en la Eucaristía, ¿la considero algo privado, o público? ¿Por qué?
- ¿A qué creo que se refiere el título de este retiro: “La Eucaristía, misterio que se ha de ofrecer al mundo”?

JUZGAR: LA EUCARISTÍA, MISTERIO PARA OFRECER AL MUNDO

La celebración de la Eucaristía no es un mero rito, sino el sacramento del sacrificio que Jesucristo ofreció por nosotros y por todos los hombres en el altar de la Cruz. La vida y necesidades de los demás no pueden quedar, por tanto, al margen de nuestro compromiso eucarístico. Al contrario, cuanto más y mejor participemos en la Eucaristía, tanto mayor debe ser nuestra ayuda y compromiso por ellos, sobre todo por los más necesitados. Dice Benedicto XVI:

88. Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al misterio Eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo se puede llevar a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. De este modo, en las personas que encuentro reconozco a hermanos y hermanas por los que el Señor ha dado la vida amándolos hasta el extremo.

Por consiguiente, nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse «pan partido» para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraternal. Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos a comprometerse en primera persona: «dadles vosotros de comer» (Mt 14, 16). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo.

Hay una idea central: la Eucaristía actualiza sacramentalmente el don de la propia vida que Jesucristo hizo en la Cruz por nosotros y por todos los hombres. Participar en la Eucaristía es, por tanto, insertarse en esa escuela práctica de amor de Jesucristo, que nos ama a nosotros y a nuestros prójimos, hasta el extremo de dar la vida.

De ahí nace el servicio de la caridad para con el prójimo, aunque no me caiga bien o incluso no le conozca. Este servicio de la caridad para con el prójimo es un servicio que nos implica en primera persona. Porque Jesús se dirige a cada uno en primera persona y nos dice, frente a las ingentes necesidades materiales y espirituales de los hombres de hoy: «dale tú de comer».

Para la reflexión:

- ¿Siento las necesidades materiales y espirituales de los otros (especialmente de los más próximos por motivos de parentesco, amistad o vecindad) como más, o por el contrario no las descubro, ni las siento? ¿Estoy dispuesto a hacerme «pan partido» para los demás? ¿Por qué?

90. El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuya causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres.

El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre, en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida, y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor.

Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. Hch 4, 32) y ayudar a los pobres (cf. Rm 15, 26). La colecta en las asambleas litúrgicas no sólo nos lo recuerda expresamente, sino que es también una necesidad muy actual. Las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular Caritas en sus diversos ámbitos, desarrollan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas, sobre todo a los más pobres. Estas instituciones, inspirándose en la Eucaristía, que es el sacramento de la caridad, se convierten en su expresión concreta; por ello merecen todo encomio y estímulo por su compromiso solidario en el mundo.

La idea central que decíamos antes se concreta, en primer lugar, en dar de comer a los que sufren el hambre y la desnutrición. Los cristianos lo han captado desde siempre. Por eso, siempre han compartido sus bienes, como se demuestra en la colecta que se hacía ya en tiempos de San Justino para remediar todo tipo de necesidades materiales de los miembros necesitados de la comunidad. Éste es el sentido profundo que tiene la colecta actual en la Eucaristía, entre las cuales, se destina a Cáritas, Domund, Manos Unidas, Valencia Misionera...

Para la reflexión:

- ¿Entiendo el significado de mi aportación en la colecta durante la celebración de la Eucaristía?

91. El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa a un trabajo audaz en las estructuras de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios. La oración que repetimos en cada santa Misa: «Danos hoy nuestro pan de cada día», nos obliga a hacer todo lo posible, en colaboración con las instituciones internacionales, estatales o privadas, para que cese o al menos disminuya en el mundo el escándalo del hambre y de la desnutrición que sufren tantos millones de personas, especialmente en los países en vías de desarrollo. El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social. Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta a la caridad y a la justicia. Por eso, como ha pedido el Sínodo, es necesario promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas

Pero no basta con compartir nuestros bienes. Si queremos remediar o al menos paliar el hambre y la desnutrición que sufren tantos millones de hombres y mujeres en nuestro mundo, es preciso colaborar con las instancias internacionales, estatales y privadas.

Este compromiso corresponde especialmente a los laicos que participan habitualmente en la Eucaristía. Ellos deben hacer un compromiso de tipo político y social para ayudar a los pobres. Por eso, necesitan formarse en la Doctrina Social de la Iglesia, la cual les evitará asumir compromisos equívocos y huir de toda utopía ilusoria.

El Papa Francisco en el nº 184 de *Evangelii Gaudium* nos invita encarecidamente a su uso y estudio.

Para la reflexión:

- ¿Cuál es mi sensibilidad y compromiso respecto a la pobreza, el hambre, la distribución de la riqueza, el respeto a la dignidad de la persona...?
- ¿Qué es la Doctrina Social de la Iglesia? ¿Qué conozco de ella?

SOBRE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

La salvación, en el sentido religioso de la palabra, es algo que se realiza plenamente después de la muerte física, pero esa salvación la inició Jesús en este mundo, con su encarnación, con su vida, sus palabras, sus obras. Por lo tanto, la salvación es algo que atañe ya a las realidades de este mundo, que debe afectar a la economía, al trabajo, a la cultura, a la educación, a la sanidad, a la política...

La salvación de Dios es un don, pero también es tarea. Una tarea nada fácil, una tarea que supone, como el mismo Evangelio, un enfrentamiento con los poderes de este mundo y con las estructuras de pecado que provocan injusticia y desigualdad, en definitiva, que provocan ausencia de salvación para la mayoría de las personas.

La Doctrina Social de la Iglesia brota del Evangelio, y la Iglesia la ofrece a todos para impregnar todas las dimensiones de la existencia humana, para lograr la salvación de quienes lo deseen.

¿Cómo empezar a ofrecer la Doctrina Social de la Iglesia? Teniendo presente que sólo el amor es capaz de transformar radicalmente las relaciones de los seres humanos entre sí. Y éste es el punto de partida común a todas las razas y culturas, porque toda persona de buena voluntad es capaz de reconocer la justicia y el bien, es capaz de reconocer el amor.

El amor es la fuerza capaz de transformar a la persona en todas sus dimensiones. Pero el amor humano es limitado, a veces es absorbente, a veces egoísta. Por eso el amor humano tiene, debe tener, su punto de referencia y su fuente en el amor de Dios. Cuando el ser humano se sabe amado por Dios, se renueva interiormente y se siente impulsado a cambiar él y también a cambiar las reglas y estructuras sociales que generan la injusticia.

El ser humano, cuando se ha dejado renovar por el amor de Dios, aprende a contemplar la realidad con la mirada de Dios, una mirada más amplia y profunda, y descubre y se siente afectado en su interior porque como dice el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia:

[5] Existen muchos hermanos necesitados que esperan ayuda, muchos oprimidos que esperan justicia, muchos desocupados que esperan trabajo, muchos pueblos que esperan respeto: «¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse? El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidiosa de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social...

¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al vilipendio de los derechos humanos fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños?». (Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 50-51)

¿Podemos realmente desentendernos, “cambiar de canal” y a otra cosa? Hoy en día, con los medios de comunicación de que disponemos, no hay excusa para alegar ignorancia.

Para la reflexión:

- Cuando el ser humano se sabe amado por Dios, se renueva interiormente y se siente impulsado a cambiar él y también a cambiar las reglas y estructuras sociales que generan la injusticia. ¿De qué formas podemos saberlos amados por Dios?
- Reflexiono este párrafo del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia: [5] Existen muchos hermanos necesitados que esperan ayuda, muchos oprimidos que esperan justicia, muchos desocupados que esperan trabajo, muchos pueblos que esperan respeto: «¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse? El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social... ¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al vilipendio de los derechos humanos fundamentales de tantas personas?» (NMI 50-51).

El ser humano que se sabe amado por Dios, que contempla la realidad con la mirada de Dios, por pura coherencia se siente llamado a la denuncia, a la propuesta y a un compromiso con proyección cultural y social. Entiende que su fe en Dios no puede limitarse a cumplir unos preceptos y normas, entiende que su fe en Dios no debe sólo vivirla dentro de los templos entre solemnidades, nubes de incienso y música celestial.

El ser humano que se sabe amado por Dios entiende que, con todos los seres humanos, se halla en camino hacia un mismo destino (como se dice coloquialmente, “todos vamos en el mismo barco”), y que hay que asumir responsabilidades en común para que el barco no naufrague y toda su tripulación se pierda, sino que lleguen a buen puerto.

Y desde esta conciencia de hallarse en camino, navegando hacia un mismo destino, el ser humano que se sabe amado por Dios percibe la necesidad de una brújula y unas cartas de navegación, percibe la necesidad de una conciencia moral que oriente el camino común, en el sentido más amplio de la palabra “moral”.

La D.S.I. ofrece, al cristiano en primer lugar pero también a toda persona de buena voluntad, esas “cartas de navegación”, esos criterios de juicio y las directrices de acción necesarios para crear una base común que posibilite la promoción de un humanismo integral y solidario: que la persona pueda realmente ser persona, que todos sean personas.

La D.S.I. recoge la reflexión en torno a los aspectos teológicos, filosóficos, morales, culturales y pastorales que van a favorecer el encuentro entre el Evangelio y los problemas que el ser humano debe afrontar cada día en su devenir histórico.

Precisamente por recoger aspectos filosóficos, culturales, teológicos, etc., la D.S.I. supone una ocasión de encuentro y diálogo con todos aquellos que, en cualquier lugar del mundo, desean sinceramente el bien del ser humano.

La Iglesia no trata de imponer su criterio, sino de ofrecer una contribución de verdad a la cuestión del lugar que ocupa el ser humano en la naturaleza y en la sociedad, tratando de dar un sentido a la existencia y al misterio que la envuelve, respondiendo a las preguntas de fondo que han caracterizado el recorrido de la existencia humana: ¿Quién soy yo? ¿Por qué la presencia del dolor, del mal, de la muerte, a pesar de tanto progreso? ¿De qué valen tantas conquistas si su precio es, no raras veces, insoportable? ¿Qué hay después de esta vida?...

El ser humano, para ser realmente humano, necesita buscar la respuesta a esas preguntas últimas. Y la respuesta que encuentre determinará su modo de enfocar su vida personal y su vida social. No son preguntas banales, sino fundamentales, y no podemos huir de ellas pensando que no tienen respuesta posible, o que se refieren sólo al ámbito de la propia conciencia porque sus consecuencias e implicaciones nos van a afectar de un modo u otro.

Para la reflexión:

- ¿Me siento unido al resto de seres humanos, en camino hacia un mismo destino? ¿Por qué?
- Algunas de las preguntas fundamentales de la existencia humana son: ¿Quién soy yo? ¿Por qué la presencia del dolor, del mal, de la muerte, a pesar de tanto progreso? ¿De qué valen tantas conquistas si su precio es, no raras veces, insoportable? ¿Qué hay después de esta vida? ¿Qué respuestas se suelen dar a estas preguntas en ambientes no creyentes? ¿Qué respuestas damos como Iglesia que somos?

ACTUAR:

Las primeras comunidades cristianas hicieron una gran colecta para remediar el hambre que pasaba la comunidad madre de Jerusalén, (2 Cor 8,1-9,15). San Justino atestigua un siglo más tarde que cada domingo los cristianos aportaban, dentro de sus posibilidades, una limosna generosa para que el obispo pudiese hacer frente a las necesidades de los huérfanos, encarcelados, viudas, pobres, etc. Los no cristianos quedaban admirados de este comportamiento.

¿Qué está en nuestra mano hacer para que, como fruto de la participación en la Eucaristía dominical, además de la aportación en la colecta nuestras comunidades parroquiales se sensibilicen sobre los grandes problemas sociales de nuestro tiempo: la educación, el hambre, la paz, la ecología, la reconciliación, la justa distribución de la riqueza, el respeto a la vida...?

La comunión que debemos cuidar y vivir entre los miembros de la Iglesia debe servir para construir una comunión mayor con los demás seres humanos, contando con las lógicas y necesarias diferencias, siendo esta comunión la base de la verdadera solidaridad a todos los niveles.

En la medida que los cristianos dejemos de vivir nuestra fe de un modo individualista; en la medida en que dejemos de reducir la vida de fe a actos de culto; en la medida que aprendamos a valorar y vivir la comunidad parroquial; en la medida que nuestras parroquias dejen de ser “centros de servicios religiosos” y pasen a ser “casa y cosa de todos”, punto de encuentro entre personas que no son extrañas entre sí, sino que se saben unidas profundamente por la misma fe en el Señor Resucitado, y vivamos la parroquia como escuela de vida para ser cristianos en el corazón del mundo, entonces los cristianos, los miembros de la Iglesia, seremos verdaderos testigos del Dios vivo.

Los que formamos la Iglesia, seguidores de Jesús Resucitado, no podemos permanecer inactivos o recluirnos en nuestras devociones. Vivimos en el mundo, sin ser del mundo (cfr. Jn 17, 14-16) y estamos llamados a servir al mundo ofreciéndole este tesoro, que se concreta en la Eucaristía, si queremos ser coherentes con nuestra fe en Jesús Resucitado.

Para salvar al ser humano hay que salvar también la sociedad, porque el ser humano vive en la sociedad. Si la sociedad y sus estructuras no se transforman, la persona no podrá desarrollarse convenientemente.

No hay que perder de vista el horizonte trascendente hacia el que nos dirigimos, pero caminamos con los pies bien asentados en nuestra realidad. Hay que trabajar por el ideal, pero partiendo de la realidad, porque la realidad es amada por Dios, por eso se encarnó en nuestra misma carne, y nosotros hemos recibido el encargo de ser presencia de Dios para nuestro mundo. Y, como hemos dicho anteriormente, la Doctrina Social de la Iglesia ofrece esos criterios que orientan la tarea evangelizadora en todos los niveles.

Como hemos visto en anteriores retiros, la persona que afirma tener fe en Cristo, y que participa en la Eucaristía, para ser coherente, debe seguir el camino que Él nos ha trazado y recorrido, un camino que afecta tanto al interior de cada persona como a lo que forma parte de la vida humana, en lo familiar, social, cultural, científico, político y económico. La fe cristiana no se vive individualmente, sino en “comunión”, en comunidad:

Ahí tenemos el reto. Dios nos ha lanzado este guante. Ahora, los que nos llamamos discípulos suyos, los cristianos, los católicos del siglo XXI, tenemos que pensar si, como respuesta de fe a este don que Dios nos hace, estamos dispuestos a recoger ese guante, si estamos dispuestos a ir cambiando en serio a título personal, como Comunidad Parroquial, como Iglesia... para ser de verdad levadura en la masa y sal en la tierra y, como dice el conocido canto “Hombres nuevos”, empezar a ser constructores de nueva Humanidad, desde la Eucaristía como Misterio que se ha de ofrecer al mundo.

Para la reflexión:

- En la medida que los cristianos dejemos de vivir nuestra fe de un modo individualista; en la medida en que dejemos de reducir la vida de fe a actos de culto; en la medida que aprendamos a valorar y vivir la comunidad parroquial; en la medida que nuestras parroquias dejen de ser “centros de servicios religiosos” y pasen a ser “casa y cosa de todos”, punto de encuentro entre personas que no son extrañas entre sí, sino que se saben unidas profundamente por la misma fe en el Señor Resucitado, y vivamos la parroquia como escuela de vida para ser cristianos en el corazón del mundo, entonces los cristianos, los miembros de la Iglesia, seremos verdaderos testigos del Dios vivo. ¿En cuál de estos aspectos voy a asumir un compromiso concreto?

ORACIÓN: Hombres nuevos (Juan Antonio Espinosa)

Danos un corazón grande para amar.
Danos un corazón fuerte para luchar.

Hombres nuevos creadores de la historia,
constructores de nueva humanidad.
Hombres nuevos que viven la existencia
como riesgo de un largo caminar.

Hombres nuevos, luchando en esperanza,
caminantes sedientos de verdad.
Hombres nuevos, sin frenos ni cadenas,
hombres libres que exigen libertad.

Hombres nuevos, amando sin fronteras,
por encima de razas y lugar.
Hombres nuevos al lado de los pobres,
compartiendo con ellos techo y pan.

Danos un corazón grande para amar.
Danos un corazón fuerte para luchar.

VER:

- La participación en la Eucaristía, ¿la considero algo privado, o público? ¿Por qué?
- ¿A qué creo que se refiere el título de este retiro: "La Eucaristía, misterio que se ha de ofrecer al mundo"?

JUZGAR: LA EUCARISTÍA, MISTERIO QUE SE HA DE OFRECER AL MUNDO

88. Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al misterio Eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo se puede llevar a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. De este modo, en las personas que encuentro reconozco a hermanos y hermanas por los que el Señor ha dado la vida amándolos hasta el extremo.

Por consiguiente, nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse «pan partido» para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraternal.

- ¿Siento las necesidades materiales y espirituales de los otros (especialmente de los más próximos por motivos de parentesco, amistad o vecindad) como mías, o por el contrario no las descubro, ni las siento? ¿Estoy dispuesto a hacerme "pan partido" para los demás? ¿Por qué?

90. El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuya causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres.

El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre, en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida, y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor. Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. Hch 4, 32) y ayudar a los pobres (cf. Rm 15, 26). La colecta en las asambleas litúrgicas no sólo nos lo recuerda expresamente, sino que es también una necesidad muy actual. Las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular Caritas en sus diversos ámbitos, desarrollan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas, sobre todo a los más pobres. Estas instituciones, inspirándose en la Eucaristía, que es el sacramento de la caridad, se convierten en su expresión concreta.

- ¿Entiendo el significado de mi aportación en la colecta durante la celebración de la Eucaristía?

91. El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa a un trabajo audaz en las estructuras de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios. La oración que repetimos en cada santa Misa: «Danos hoy nuestro pan de cada día», nos obliga a hacer todo lo posible, en colaboración con las instituciones internacionales, estatales o privadas, para que cese o al menos disminuya en el mundo el escándalo del hambre y de la desnutrición que sufren tantos millones de personas, especialmente en los países en vías de desarrollo. El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social.

Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta a la caridad y a la justicia. Por eso, como ha pedido el Sínodo, es necesario promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas.

- ¿Cuál es mi sensibilidad y compromiso respecto a la pobreza, el hambre, la distribución de la riqueza, el respeto a la dignidad de la persona...?
 - ¿Qué es la Doctrina Social de la Iglesia? ¿Qué conozco de ella?
-
- Cuando el ser humano se sabe amado por Dios, se renueva interiormente y se siente impulsado a cambiar él y también a cambiar las reglas y estructuras sociales que generan la injusticia. ¿De qué formas podemos saberlos amados por Dios?
 - Reflexiono este párrafo del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia: **[5]** Existen muchos hermanos necesitados que esperan ayuda, muchos oprimidos que esperan justicia, muchos desocupados que esperan trabajo, muchos pueblos que esperan respeto: «¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse? El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidiosa de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social... ¿Podemos quedar al margen?» (NMI 50-51).
-
- ¿Me siento unido al resto de seres humanos, en camino hacia un mismo destino? ¿Por qué?
 - Algunas de las preguntas fundamentales de la existencia humana son: ¿Quién soy yo? ¿Por qué la presencia del dolor, del mal, de la muerte, a pesar de tanto progreso? ¿De qué valen tantas conquistas si su precio es, no raras veces, insopportable? ¿Qué hay después de esta vida? ¿Qué respuestas se suelen dar a estas preguntas en ambientes no creyentes? ¿Qué respuestas damos como Iglesia que somos?

ACTUAR:

- En la medida que los cristianos dejemos de vivir nuestra fe de un modo individualista; en la medida en que dejemos de reducir la vida de fe a actos de culto; en la medida que aprendamos a valorar y vivir la comunidad parroquial; en la medida que nuestras parroquias dejen de ser “centros de servicios religiosos” y pasen a ser “casa y cosa de todos”, punto de encuentro entre personas que no son extrañas entre sí, sino que se saben unidas profundamente por la misma fe en el Señor Resucitado, y vivamos la parroquia como escuela de vida para ser cristianos en el corazón del mundo, entonces los cristianos, los miembros de la Iglesia, seremos verdaderos testigos del Dios vivo. ¿En cuál de estos aspectos voy a asumir un compromiso concreto?

ORACIÓN: Hombres nuevos (Juan Antonio Espinosa)

Danos un corazón grande para amar.

Danos un corazón fuerte para luchar.

Hombres nuevos creadores de la historia,
constructores de nueva humanidad.

Hombres nuevos que viven la existencia
como riesgo de un largo caminar.

Hombres nuevos, luchando en esperanza,
caminantes sedientos de verdad.

Hombres nuevos, sin frenos ni cadenas,
hombres libres que exigen libertad.

Hombres nuevos, amando sin fronteras,
por encima de razas y lugar.

Hombres nuevos al lado de los pobres,
compartiendo con ellos techo y pan.

Danos un corazón grande para amar.
Danos un corazón fuerte para luchar.